



Vol. 11, No. 3, Spring 2014, 305-315

Interview / Entrevista

Sobre *Reducciones y Ceremonias*: una entrevista a Jaime Huenún

Andrea Echeverría

George Washington University

Jaime Huenún (Chile, 1967) es un destacado poeta mapuche-huilliche que ha publicado los libros de poemas *Ceremonias* (1999), *Puerto Trakl* (2001) y *Reducciones* (2013), y las antologías *La memoria iluminada: poesía mapuche contemporánea* (2007) y *Los Cantos Ocultos: poesía indígena latinoamericana* (2008). Su obra poética ha recibido numerosos premios y reconocimientos. Además de su labor poética, Huenún ha organizado diversos encuentros de poesía, algunos de los cuales han derivado en la publicación de importantes antologías que reúnen los textos de los más reconocidos poetas indígenas de América Latina hoy en día. Actualmente es profesor universitario y director de las revistas literarias *Pewma* y *Ulmapu*.

Andrea Echeverría: ¿Qué entiendes por la “memoria mapuche” y de qué manera la presentas en el poemario *Ceremonias*?

Jaime Huenún: El libro *Ceremonias* es un volumen pequeño publicado en el año 1999 y constituye mi primera inmersión en las aguas culturales,

históricas y mitológicas de la sociedad mapuche-huilliche del siglo XX. La memoria es ahí un factor relevante, porque si bien es cierto no es un elemento que nos retrotraiga al pasado de manera exacta, nos permite indagar en algunas simbologías, voces y arquetipos. En ese sentido, el libro asume el elemento memoria como una de sus bases. La poesía es un ejercicio de indagación y exploración tanto de la memoria colectiva como de la memoria personal en los hitos relevantes de la historia, pero también en pasajes que la oralidad ofrece de manera confusa y dispersa que el poeta, en ese caso, intenta configurar como un dato plausible en el contexto literario. Por lo tanto, es un libro que permite ver el reverso de la trama social, cultural y política que, aunque esté anclada en una etnia determinada, también hace exploraciones—a través de la poesía—en otros ámbitos, desarrollando temáticas que son recurrentes en la lírica universal. Se dice que no hay nada nuevo bajo el sol, pero posiblemente algunas cosas nuevas sí puedan presentarse bajo el sol. La poesía no es necesariamente un campo en que la originalidad sea algo que se tenga que plantear de manera explícita, ya que mucho de lo poéticamente novedoso se presenta oculto bajo las capas visibles del lenguaje. Por lo tanto, en *Ceremonias* hay *leitmotiv* universales y tradicionales como la nomadía, el amor, la muerte, el viaje al origen, temas que también hoy siguen pulsando en mi escritura, pero también hay un tono, un imaginario y una fusión de lenguajes que en su momento portaban el germen de la novedad. Digamos que el mestizaje lingüístico, cultural y racial está muy presente en ese libro-umbral y es lo que permite ingresar a estas realidades transfiguradas y distorsionadas por la visión de un poeta que claramente no es la visión del historiador, del antropólogo ni del etnógrafo.

AE: Hablemos de la ritualidad en el poemario, ¿por qué decidiste ponerle ese título a *Ceremonias*? ¿Qué papel juega el ritual en tu poética?

JH: El nombre hace sentido con este mundo mapuche-huilliche, tanto rural como urbano, en el cual se conservan aún elementos que no están presentes en la totalidad de la población chilena, como el apego a ciertas costumbres distintivas, a “supersticiones” y creencias, a una difusa

religiosidad, a una ceremonialidad que está en los actos cotidianos, en la vitalidad cotidiana de cada sujeto, y en la permanente recurrencia a la memoria de los muertos. Por lo tanto, el título hace sentido con todo aquello y con una postura que tiene la gente mapuche-huilliche de establecer una espiritualidad a través de lo cotidiano. Entendamos que la población huilliche ha sido casi totalmente esquilhada territorialmente y transculturalizada en muchos aspectos; entonces el rincón o el espacio íntimo de la familia y de la vecindad es el espacio para la restitución de esos elementos conculcados por la historia oficial. Los sueños son importantes en toda la región mapuche y asimismo, el diálogo, la conversación o el *nütram* también es cotidianamente importante. Entonces, si bien en las zonas de los cinturones marginales de las ciudades sureñas no hay una ceremonialidad indígena oficial constituida de reglas y ritos estables— aunque sí la hay en la zona rural—, la población huilliche recurre a estas operaciones muy íntimas que tienen que ver con el relato de los sueños y el uso de la palabra. Por ejemplo, no se usa un tipo de lenguaje determinado por la carga que pudiese tener en momentos puntuales y todavía se cree en los signos de la naturaleza a pesar de la televisión, del Internet y del tráfico de nuestra corroída modernidad. *Ceremonias* se vincula a estos modos de vivir y de morir.

AE: ¿Tiene *Ceremonias* una estructura cíclica? ¿Cuál fue tu intención al darle tal estructura al poemario?

JH: La poesía programática muchas veces fracasa en sus objetivos. A pesar de ello, yo escribí este libro con un enfoque programático, por un lado, y con muchas intuiciones, por otro. La poesía tiene una carga de conocimientos, de información y de muchas otras cosas que van saliendo de manera espontánea y que uno va resolviendo a medida que va escribiendo o que la misma escritura va resolviendo de manera sorpresiva, una escritura que no necesariamente tiene que ver con la mano e intención del poeta. Entonces, el libro adquirió esta característica cíclica básicamente por su estructura y su ordenamiento, aunque no es algo que yo haya pretendido en un principio. Surgió de esa manera y así se resolvió, pero básicamente fue

un intento por estructurar y ordenar este viaje espiritual y simbólico hacia un mundo que ya no es tal en términos oficiales. ¿Cómo regresar a un pasado que ya no funciona como tal? ¿Cómo viajar en y con la memoria sin que la memoria se convierta en un factor que distorsione un montón de elementos? Al final hay un viaje del poeta que yo era en ese entonces y que ahora ya no soy. Creo que la conciencia de que el tiempo es un instrumento que a uno lo va moldeando también está muy presente ahí. En ese sentido, en *Ceremonias* hay un intento por configurar un mundo poético abierto en la medida que lo cíclico no remite sólo a lo circular que te lleva a viajar en redondo, sino que también genera espirales hacia una profundidad mayor de sentido, de información e imágenes.

AE: Uno de los últimos poemas de *Ceremonias*, “Feria libre de Rahue”, termina con un tono desesperanzado y lúgubre con el verso: “Nosotros, como el sol, no / tenemos amanecer”. Sin embargo, en “Reducciones”, en el último fragmento de prosa poética con el que concluye definitivamente el libro, se recuerdan los nombres de diferentes miembros de la comunidad huilliche, y se concluye con el verso luminoso: “Mañana / cuando amanezca en el sol”. ¿Cómo se presentan en tu poesía estas dos fuerzas de lo luminoso y lo oscuro?

JH: Creo que en la gran poesía del mundo oscilan estas dos fuerzas. Se mueve en ella una oscuridad que tiene que ver con la sinrazón o con el sinsentido de los trabajos humanos y, por otro lado, en la poesía germina una luminosidad o solidaridad que hace que la especie siga avanzando. Hay una serie de arquetipos en el lenguaje poético que nos permiten reconfigurar ciertos sentidos para seguir avanzando en medio del desastre, de la angustia y de la muerte. La poesía nos está diciendo que la muerte no es total, así como la vida y sus posibilidades de optimismo tampoco son totales. Entonces mi trabajo poético oscila, así como el de muchos otros poetas a los cuales admiro y sigo, entre estas dos fuerzas: lo tánático y lo erótico, el ying y el yang, Kai-Kai y Treng-Treng. La construcción de mundos poéticos, creo, se puede conseguir mediante el uso de estas energías que son constitutivas de la especie.

AE: ¿Cuál es la importancia de los ancestros en *Ceremonias* y en tus otros poemarios?

JH: “Reducciones”, el texto final de *Ceremonias*, da cuenta de toda una serie de recuerdos más o menos mistificados de mi familia mapuche-huilliche. Yo pertenezco a una familia indígena y mestiza usurpada y no tenemos tierra. Es decir, no tenemos espacio territorial, pero sí tenemos la memoria de los ancestros que a veces es mucho más fecunda que el propio espacio territorial, sin negar que éste es absolutamente necesario para las familias no solamente mapuche, sino que para cualquier familia de esta tierra. Hablando de la importancia y de los caminos que conducen hacia los ancestros, te puedo decir con energía que sin los ancestros nosotros no existimos. Eso es tan obvio que no se ve. Hay todo tipo de peripecias y hechos que han conducido a que tú existas y uno es una suma de una serie de sucesos humanos que tienen antecedentes previos. Esa causalidad existencial es fundamental para quienes somos mapuche de ciudad y de campo. El ancestro es el terreno que pisamos cotidianamente, no solamente en la vigilia, sino también en el sueño y en la mitología. Nuestros ancestros van dictando su palabra y los muertos nunca están completamente muertos, nuestros muertos viven en nosotros y siguen dialogando con nosotros. Ellos nunca han dejado de decir su palabra y la poesía que nosotros hacemos como autores mapuche-huilliche es un ejercicio de restitución de la voz de nuestros muertos, de aquellos anónimos que están enterrados en fosas comunes, ya que muchos no tienen una tumba particular que los rememore. Cada vez que una familia mapuche realiza el doloroso ejercicio de ir a buscar a sus muertos, aparece la palabra, la voz y la historia a través de los ancianos que señala que la persona fallecida era de tal modo, hacía tales cosas, provenía de tal lugar y eso va configurando la novela nuestra, la gran odisea a la cual nosotros como escritores mapuche todavía estamos apelando. En *Reducciones*, título de mi último libro, yo estoy relevando el *pewma* o el *nüttram* y a través de estos discursos intento que vecinos, parientes y todos aquellos que construyeron un mundo y una historia negada reaparezcan en el ámbito literario.

AE: En el poema “Libro”, que no forma parte de ninguno de tus poemarios publicados, hay un sujeto fragmentado que se siente dividido entre dos culturas, ¿sientes que hay una crisis de identidad cultural semejante en otros poemas que hayas escrito?

JH: Yo pertenezco a una familia mestiza. Mi madre es chilena valdiviana, pero también pertenece a los estratos bajos de la sociedad sureña. Las familias mestizas son familias que han tenido un contacto pleno con el mundo indígena de Chile y es mi madre quien ha conservado muchas cosas que tienen que ver con el mundo mapuche-huilliche, a pesar de su ascendencia *huinca* (no mapuche o forastero). Ahora bien, fui criado en un contexto poblacional en los márgenes de la ciudad de Osorno, una ciudad absolutamente clasista y racista que se fue configurando, a lo largo de todo el siglo XX, como un enclave del desarrollo agropecuario alemán en el cual se promovió el estereotipo de que debíamos ser todos blancos, de que nuestras costumbres y nuestras tradiciones populares ancladas en lo indígena o en la chilenidad mestiza de los bajos fondos era algo ordinario y vulgar que no podía permanecer en el tiempo. El río Rahue en Osorno era el río emblemático que dividía la ciudad hace 20 o 30 años atrás, precisamente porque los huilliche casi nunca cruzaban el puente San Pedro para llegar al centro moderno de la ciudad. Este puente era entonces el hito arquitectónico que dividía las almas limpias de las almas sucias, los cuerpos limpios de los cuerpos sucios. La zona de Rahue era el único lugar al que llegaban los huilliche del campo. Ellos no atravesaban el río para llegar a la modernidad, a los edificios, al comercio más sofisticado. Entonces, ¿qué se puede esperar de un joven que advierte y sufre todo aquello? Dentro de ese contexto, nacer, vivir, criarse en ese tipo de existencia social va inoculando en los sujetos una serie de problemáticas y éstas están de alguna manera registradas tangencialmente en este poema y en otros que no tienen un espacio textual definido. Probablemente sea también esa la razón por la cual no tienen un espacio textual y sean poemas “huachos”, poemas en huerfanía, porque son por lo menos veinte textos de ese tipo que tengo circulando y que no tienen libro. ¿Cuándo tendrán su libro? No lo sé. Tal vez cuando cambie nuestra sociedad y los poemas puedan crecer como

crecen los seres humanos, de una manera más plena y más integrada a través de una interculturalidad que funcione tanto para la gente indígena como para quienes no son indígenas. Porque hasta el día de hoy la interculturalidad es como una especie de dádiva del estado y de la sociedad para que los indios sean más indios y no un elemento de integración que posibilite un diálogo real. La sociedad mapuche ha dialogado constantemente con la sociedad chilena y lamentablemente ese diálogo—como lo he dicho en otros lados—ha terminado siempre en un monólogo donde los mapuches quedan hablando solos, como los locos en un desvarío solitario. Creo que poemas como “Libro” traducen esa sensación, esa imposibilidad de dialogar. Yo tenía 17 años cuando escribí ese poema y veía que no habían espacios ni posibilidades concretas donde lo huilliche pudiese ser respetado o asumido por los otros. En ese entonces, en el mejor de los casos, se miraba al indio desde una perspectiva paternalista y exotizante. Pero, como decía el poeta peruano José Watanabe, “El exotismo es la otra cara del racismo”. El exotismo es la frenética búsqueda de la diferencia y de aquello que nos pueda atraer de esa otredad para finalmente comerciar con ello de mala manera. La sociedad mapuche también practica el *trafkintu*, el intercambio, pero cuando la mercantilización de la espiritualidad y de los elementos culturales se convierte en moneda de cambio cotidiana, creo que nos encontramos frente a una situación muy degradada. Para ese muchacho que era yo en ese momento, el estar dividido internamente era la consecuencia de siglos de una colonización absoluta y constantemente violenta en la escuela, en la vecindad, en el comercio y en las calles de la ciudad, situación de violencia que lamentablemente aún perdura.

AE: Con respecto a los cambios de conciencia que han tomado lugar en los últimos años en las comunidades mapuche, ¿podría hablarse de una re-indigenización de las comunidades o de los sujetos mapuche-huilliche?

JH: Es evidente que en los últimos veinte años se han generado cambios en la auto-percepción identitaria de los propios sujetos mapuche-huilliche y de su interacción con la sociedad dominante. Esto tiene que ver con los

cambios políticos del país y del continente. Tiene también que ver con la configuración de nuevos discursos por parte de ciertos integrantes de la academia o los medios de comunicación que reconocen la existencia del otro ya no desde la perspectiva positivista de mediados del siglo XIX y gran parte del siglo XX. Cuando se comienza a estudiar el modo en que los científicos sociales, los antropólogos, los etnógrafos, los lingüistas y los sacerdotes se acercaban a las poblaciones indígenas, uno se da cuenta que hubo un ejercicio de mirar desde arriba a sociedades que eran claramente para ellos inferiores. Se está ahí mirando al “primitivo” que vive en un tiempo y un espacio que es catalogado de pre-moderno y que contiene elementos que no se querían para la civilización, como su supuesta brutalidad, su salvajismo y su idioma ininteligible. Asimismo, se les estudiaba en tanto constituían esa otredad inaceptable, lo cual otorgaba a esos investigadores el prestigio de ser los dueños de la razón, del conocimiento y de lo bueno de este mundo. Esa mirada ha ido cambiando en los últimos años y ese positivismo casi eugenésico aplicado al estudio de poblaciones indígenas se ha ido modificado en parte, pero todavía se conserva mucho de esto en la población del país. Entonces, hoy en día aún es posible escuchar frases como, “¡Qué linda la niña, no parece mapuche!”, o preguntas como, “¿Por qué no nos lees un poema en mapudungún? Porque tú eres mapuche, ¿cierto?”. Estas maneras de acercarse a lo mapuche hoy en día todavía contienen una carga de violencia y de ignorancia disfrazadas de conocimiento y de “buena onda” que a uno lo dejan en una condición cero. Creo que si bien hay un cambio de mirada en ciertos sectores de la sociedad, ese cambio no se ha asentado o impuesto de manera más amplia y armoniosa. Todavía el indígena mapuche es el violento, el conflictivo, el flojo, el ladrón y el ebrio. Y, por otra parte, puede seguir siendo el glorioso guerrero de antaño, como Lautaro o Caupolicán exaltados por Alonso de Ercilla. También puede ser ese sujeto plagado de elementos esotéricos que tiene una sabiduría que hemos perdido o el sujeto soñador y el buen salvaje. Hay tantas maneras de reducir al otro, por eso *Reducciones*, mi tercer libro, indaga en estas memorias oficiales y no oficiales. Además de merodear en los archivos clausurados de los estados-nación de Chile y Argentina, indago en cómo operaron los museos, los

hospitales y el registro civil para homogeneizar, asimilar o extinguir el cuerpo social indígena. Paradojalmente, todo esto tiene una rareza constituyente, es decir, se acepta eventualmente al indio, pero el indio sigue siendo este sujeto arcano que incomoda, pero que a la vez ratifica la superioridad de la civilización cristiana occidental.

AE: ¿Cuál es tu visión acerca de la migración del pueblo mapuche a lo largo de los siglos XIX y XX?

JH: La migración tiene causas y orígenes. ¿Por qué se migra del campo a la ciudad? ¿Porque a los mapuche no les gustaba el campo o porque soñaron con las luces de la ciudad? En realidad los mapuche fueron expulsados a sangre y fuego de su territorio y hubo una cantidad enorme de muertos. Es una situación que sigue ocurriendo con los mapuche, con los wayúu, con los pueblos amazónicos, con los pueblos altiplánicos andinos y los más de 500 pueblos indígenas que todavía existen en América.

AE: Para finalizar, ¿cuál es tu relación con poetas indígenas de otros lugares de América Latina? ¿Crees que existe un movimiento poético que los une?

JH: La poesía indígena siempre ha estado presente y la escritura indígena también, desde la llegada del conquistador y antes. Favorablemente, hoy hay nuevas y más informadas aproximaciones académicas a las expresiones culturales indígenas, lo que permite conocerlas mejor. Si bien es cierto que en general no existía la escritura alfabética en los pueblos originarios, sí existían otros tipos de escrituras: la escritura corporal, los textiles, los quipus, los códices e incluso expresiones que hoy se podrían asociar al *land art*. Hablo de los geoglíficos, por ejemplo, o de relatos como el de Kai-Kai y Treng-Treng, una narración mapuche que tiene una presencia viva en las comunidades porque Kai-Kai habita en los océanos y Treng-Treng existe en todas las comunidades de manera concreta, porque es la serpiente de la tierra y cada cerro que tiene una forma sinuosa es Treng-Treng. Ahí se lee a este personaje y se le descifra. Dicen, “no había escritura”, pero ahí está...

Hay otra manera de actualizar el relato y hacerlo presente. Hoy día hay una especie de emergencia de escritores indígenas, mujeres y hombres, que están reconstruyendo sus memorias a través de la poesía, las artes visuales, el teatro, la cinematografía. Tal vez con una energía renovada y actualizada, lo que permite la visibilización de estos sujetos en un contexto donde los tiempos han cambiado. En los años '30 y '40 el poeta indígena era, en el mejor de los casos, el sujeto sufriente y exótico, la sempiterna víctima. Existía además el indigenismo literario, representado por individuos que escribían sobre los indígenas y entregaba recetas sobre cómo mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, desde hace veinte años más o menos, la literatura de los pueblos originarios ha ido demostrando que contiene y explora una poderosa creatividad y que está en un dinámico cambio. Una cultura no puede mantenerse estática en el tiempo y un autor tiene derecho a hacer uso de los elementos que estime conveniente en la configuración de su mundo (como el idioma español) y también tiene derecho a indagar en su propia memoria individual, tribal y comunitaria. Creo que estos elementos han ido sintetizándose en las expresiones literarias indígenas de países como México, Colombia, Guatemala, Chile y Perú. Pero estos autores están, además, tomando elementos de la literatura occidental. ¿Por qué no? No somos ermitaños indígenas; muchos vivimos en las ciudades o somos parte de las poblaciones móviles que pululan por los centros urbanos. De hecho, el 70% de la población mapuche vive en las ciudades. Inevitablemente, se producen cambios socioculturales y se dinamizan las estéticas. Lo que tienen en común las literaturas indígenas es que están trabajando el tema de la anti-colonialidad desde diferentes perspectivas, mezcladas en algunos casos con la política, con el marxismo, con las ideas ambientalistas de la social democracia, con ciertas corrientes religiosas cristianas como la Teología de la Liberación y con los propios movimientos autonomistas indígenas. La existencia de una enorme cantidad de autores indígenas ha hecho que establezcamos vínculos de diferentes modos a través de antologías, revistas y encuentros, como el que yo organicé los años 2007 y 2008, llamado "Los cantos ocultos". Se hacen festivales de poesía en México, en Colombia, en Perú. No se ha creado un movimiento que unifique a todas estos autores de manera regular, pero tampoco es

necesario. Sin embargo, todos nos conocemos, estamos en una constante comunicación, formalizando una literatura que se va instalando poco a poco y abriendo espacios para su fomento. Por ejemplo, ahora mismo hemos formado una editorial indígena en Chile llamada *Konunwenu* o “Entrada al cielo” y en México se ha creado hace ya varios años una línea de publicaciones con apoyo estatal.